

Crítica de libros

FORNET-BETANCOURT, Raúl: *Con la autoridad de la melancolía. Los humanismos y sus melancolías*. Wissenschaftsverlag Mainz, Aquisgrán, 2019. 408 pp.

La filosofía intercultural ha recibido un impulso extraordinario del filósofo Raúl Fornet-Betancourt. Ha publicado artículos y libros, organizado congresos y conferencias, y promovido otras muchas iniciativas a favor de una orientación filosófica con la que confía prestar un servicio muy provechoso a la humanidad presente y a la futura. En el fondo de su actividad investigadora y docente ha estado siempre latente o explícito este objetivo.

El libro *Con la autoridad de la melancolía. Los humanismos y sus melancolías*, se inscribe dentro de esa perspectiva, como el volumen 45 de la colección *Denktraditionen im Dialog: Studien zur Befreiung und Interkulturalität* (Tradiciones de pensamiento en diálogo: Estudios sobre la liberación y la interculturalidad), dirigida por él mismo. Lo integran un Prólogo, una Introducción, unas Reflexiones Finales y dos partes: I) Caminos del humanismo; y II) Los humanismos y sus melancolías.

Como su autor nos manifiesta en el Prólogo, este libro es «el resultado de varios años de investigación y reflexión sobre diversos modelos de humanismo, pero principalmente sobre la cuestión de la pertinencia, la posibilidad y eventual necesidad de esbozar un programa de trabajo como propuesta para una renovación del *ethos humanista* que, en perspectiva intercultural, reconociera su hilo conductor en las melancolías de la humanidad que –tal es la hipótesis que inspiró la investigación– están en el fondo de esa búsqueda de la humana perfección que tan diversamente se expresa en los humanismos». Resultado que ha nacido también «de un igualmente largo compromiso emocional e intelectual». Pues Raúl Fornet-Betancourt tuvo claro, desde sus primeras investigaciones, que no debía escribir de manera meramente objetiva sobre las melancolías que alimentaban los ideales de los humanismos, sino que tenía que tratar «de intentar *pensar con* la melancolía, con los pensamientos de la melancolía, para sentir lo que le daba *peso* y *pesar* a sus experiencias y poder así, tal vez, sentir también el origen de la legitimidad y autoridad que reclama» (p. 13).

En la Introducción nos advierte, siguiendo a otros investigadores del humanismo occidental, de que no hay un solo humanismo, sino muchos humanismos occidentales, porque su historia representa un proce-

so complejo de diversificación desde la antigüedad clásica grecolatina hasta nuestros días. Los diferentes tipos o modelos de humanismo, más o menos opuestos entre sí, proponen diversas formas de búsqueda de perfección humana. Todos ellos comparten «la fe en la perfectibilidad del ser humano, que es, en el fondo, creencia en el bondadoso potencial regenerador que habita en el género humano» (p. 16). Expresamente nos informa de que tal perfeccionamiento se refiere a la esfera ética, espiritual o antropológica, y no a un mejoramiento biológico. No pretende intervenir en las discusiones actuales sobre las biotecnologías y en los debates actuales en torno a los «posthumanismos» y/o «transhumanismos». Tampoco es su pretensión ofrecernos un ensayo más sobre el desarrollo histórico del humanismo o de los humanismos, sino atender a una cuestión que tiene que ver con nuestra propia situación antropológica: al trasfondo compartido por todos los humanismos, que sería su convergencia «en una perspectiva ética general para afirmar la unidad del género humano y su vocación de perfeccionamiento moral [...] como parte de la *condición melancólica* de lo humano» (p. 17). Gracias a tal enfoque de su investigación, cree que ha encontrado la brújula para continuar el viaje hacia lo mejor de nosotros, los verdaderos protagonistas y destinatarios de los humanismos.

La primera parte consta de nueve capítulos, en los que manifiesta su convicción de que al humanismo debe suceder el humanismo, por sus posibilidades de autocorrección, y de que, por tanto, el hombre en cuanto hombre tiene que seguir siendo la esperanza del hombre. La inquietud que le mueve queda bien patente en el título del primer capítulo: «¿Por qué de nuevo la pregunta por otro humanismo?». Nuestro tiempo no es el primero en sentir la crisis de los humanismos ni el primero en sentir como un desafío la búsqueda de caminos de renovación de la herencia humanista. En los ocho siguientes capítulos analiza los humanismos de Sartre, Heidegger, Jaspers, Fromm, Levinas y Zambrano, el humanismo cristiano y el humanismo intercultural. Nos recuerda que un momento esencial en la intención que orienta este libro es «contribuir al diálogo intercultural de las tradiciones humanistas que, de una u otra forma, se han desarrollado desde siempre en las culturas de la humanidad y sus melancolías» (p. 139). Está convencido de que el humanismo intercultural, tal como él lo entiende, como diálogo franco entre las diversas formas de comprender el sentido y el fin de lo humano, constituiría una alternativa universalmente compartible ante la grave crisis de sentido que sacude al mundo actual.

Los siete capítulos de la segunda parte giran en torno a las relaciones de los humanismos con sus melancolías. Raúl Fornet-Betancourt intenta vincular «el inquieto vigor interior que explica el fondo de los ideales de perfección humana de los humanismos con la experiencia de la melan-

colía» (p. 165). Deslinda la forma de melancolía buena, la que impulsa el deseo de perfección dentro de los humanismos, respecto de la «melancolía negra», que lleva a la depresión, a los miedos, al desánimo, a la angustia, al desinterés, al desorden, a la tristeza y a otros sentimientos negativos. De la mano de varios pensadores, teólogos y filósofos, entre los que figura Romano Guardini, reflexiona sobre la «docta melancolía», que nos invita a la plenitud, donde se encuentra el verdadero sentido de la condición humana. Dedicando varios capítulos a mostrar la callada presencia de esta «docta melancolía», la melancolía buena, en los procesos de humanización animados por los humanismos. Hemos de evitar la «melancolía negra» y fomentar una melancolía que, a partir de la conciencia de nuestra imperfección, nos abra a un horizonte de perfección, ideal compartido por los humanismos seculares y religiosos. La renovación del *ethos humanista*, en perspectiva intercultural, reconoce su hilo conductor en las melancolías de la humanidad, que están en el fondo de la búsqueda de perfección humana, que se expresa diversamente en los humanismos. Los ideales de los humanismos apuntan a distintos objetivos de perfección humana.

Antes de terminar, me permito una breve anotación crítica a la perspectiva intercultural, en la que Raúl Fonet Betancourt insiste con frecuencia, a lo largo de este libro, cuando promueve la renovación de los humanismos. No me entusiasma la expresión «filosofía intercultural». Más que de filosofía intercultural, prefiero hablar de filosofía integradora de todo lo que vale la pena en el orden teórico y práctico. Sueño con el encuentro de todos en el ámbito de una verdad siempre más amplia. Concibo esa filosofía integradora como el principal motor de la interculturalidad.

Lo que se suele llamar «filosofía intercultural», en nombre de un intento de despegue del «eurocentrismo», puede incurrir en el riesgo de ampliar demasiado el significado del término «filosofía», de modo que venga a significar lo mismo que el término «sabiduría», que abarca también todas las concepciones míticas y religiosas. A mi parecer, en el momento actual, la sabiduría mítica y la sabiduría religiosa no coinciden con la filosófica, aunque se relacionen entre sí. Las tres se plantean las cuestiones últimas, pero no del mismo modo. La perspectiva filosófica no coincide con la mítica y la religiosa, aunque estas tres perspectivas hayan andado juntas históricamente.

Echo de menos una alusión más explícita al tema de la verdad en contraste con las actitudes científicas, que consideran a la ciencia como depositaria exclusiva de la verdad. Una parte importante de cualquier teoría humanista debe ser una defensa de la verdad filosófica sobre el hombre. Con lo que no quiero afirmar que Raúl Fonet Betancourt niegue la importancia de la investigación de la verdad filosófica sobre el hombre. Su manifiesto a favor de un humanismo esperanzado sabe

mucho de los peligros que lo han acechado y lo acechan, también desde los ámbitos de la ciencia y la tecnología. Defiende un humanismo que se considera unido a la tradición humanista de Occidente y contracorriente de las tendencias transhumanistas y posthumanistas, a las que la búsqueda de caminos para la renovación del humanismo parece un intento fuera de lugar o un anacronismo en la época de las nuevas técnicas biológicas y del avance espectacular de la inteligencia artificial; con la autoridad del dinero y de la ciencia, grupos de poder, económico y científico, ponen «lo humano bajo sospecha».

Los caminos de renovación de los humanismos pueden ser más accesibles gracias a las reflexiones, análisis y críticas de este libro. Que esta breve reseña sirva de recuerdo de una constante dedicación entusiasta, de muchos años, de su autor, a la renovación de un humanismo en el que se podrían encontrar personas procedentes de cualquier cultura.

Ildefonso Murillo

QUINTERO RIVERA, Ángel G.: *La danza de la insurrección: textos reunidos de Ángel G. Quintero Rivera (1978-2017)*. Prólogo de Jesús Martín Barbero. Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, Buenos Aires, 2020. 527 pp.

El Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) acaba de publicar, en agosto de 2020, un nuevo tomo de la colección Legados, asequible –libre de costos– en su plataforma en internet (<http://www.clacso.org.ar/libreria-latinoamericana/inicio.php>). En esta ocasión pone a nuestra disposición *La danza de la insurrección: textos reunidos de Ángel G. Quintero Rivera (1978-2017)*. Se trata de una colección de nueve ensayos, escritos por el reconocido sociólogo y crítico cultural puertorriqueño, anteriormente aparecidos en publicaciones realizadas en revistas especializadas o libros.

Ángel G. Quintero Rivera, cariñosamente llamado «Chuco» por sus amigos y estudiantes, es director de proyectos de investigación sobre Sociología de la Cultura en el Centro de Investigaciones Sociales de la Universidad de Puerto Rico, en el recinto principal en San Juan. Se doctoró en 1976 en la *London School of Economics and Political Science*. Es autor o coautor de dieciséis libros y más de 100 artículos o monografías. Su penúltimo libro, *Cuerpo y cultura, las músicas «mulatas» y la subversión del baile*, fue galardonado con el premio *Frantz Fanon Book Award 2009*, otorgado por la Asociación de Filosofía del Caribe, en reconocimiento a su contribución destacada al pensamiento caribeño. Por su libro ¡Salsa, sabor y control! Sociología de la música «*tropical*», del que nos

atrevernos a conjeturar que ya pertenece al canon de Estudios Culturales Latinoamericanos, recibió el Premio Casa de las Américas en Cuba, y el Premio Iberoamericano de la *Latin American Studies Association* (LASA) en los Estados Unidos. Otros importantes libros que integran su obra son *Ponce: la capital alterna. Sociología de la sociedad civil y la cultura urbana* (2003), *Virgenes, magos y escapularios, imaginaria, etnicidad y religiosidad popular* (1998), *La otra cara de la historia* (1985) y *Conflictos de clase y política* (1977).

Los escritos que conforman la colección actual aquí reseñada, además de mostrar la versatilidad temática y los enfoques inter-, o bien, transdisciplinarios, característicos del investigador, se concentran en el análisis crítico de manifestaciones culturales provenientes de grupos subalternos en Puerto Rico, cuyas formas de resistencia e instituciones de representación política constituyeron el foco de sus primeras investigaciones durante el último tercio de la década de 1970.

El prólogo de Jesús Martín Barbero, el cual había sido previsto para una versión ampliada y revisada de ¡Salsa, sabor y control! Sociología de la música *«tropical»*, que será editada por Corredor, contextualiza con precisión la obra e identifica claramente el motor que impulsa la voluntad de saber de las investigaciones de Quintero Rivera. Es *el gozo*, la capacidad de ser afectado sensorial y emotivamente lo que empuja, complementa y expande sus capacidades racional-intelectuales. En el prólogo Barbero acierta al indicar: «[Este] libro estudia la salsa porque a su autor [...] le gusta bailarla, y ese gusto es el que empuja desde los adentros una experimentada inteligencia dedicada a destrabar, o sea a quitar las trabas que impiden a los latinoamericanos sentirse-en-casa cuando necesitan pensar con su cabeza» (p. 19).

Acertar, según dijo algún sabio, es dar en el punto de la dificultad, descubrir lo oculto, lo oscuro, lo misterioso; conducirlo a la luz. Para acertar se necesita compenetración, destreza en el rejuego con las conjeturas, astucia para entrelazar hechos con causas. Tenemos la impresión de que Barbero acierta. En su sentencia de ninguna manera sugiere que los latinoamericanos sean incapaces de pensar o no se sientan bien al hacerlo. Más bien con el uso de expresiones tales como «bailarla», «ese gusto», «los adentros», «experimentada inteligencia», «destrabar» o «sentirse-en-casa» remite a lo corpóreo, dimensión que urge ser empleada y resulta indispensable para proyectar la aprehensión del mundo de vida «Nuestroamericano».

De ahí que el filósofo y teórico de la comunicación perciba que los latinoamericanos que piensan sólo con la cabeza, lo hacen ignorando su espacio vivencial, tal vez porque son incapaces de apreciarlo. Pues para ello es imprescindible remover las trabas que hacen imperceptibles las resonancias que entonan nuestros vientres y templan nuestros cora-

zones. Y las vibraciones que –bailando– producen nuestras piernas. Al no hacerlo, *el académico* latinoamericano, entumecido, asume entonces posiciones y conceptualizaciones foráneas hegemónicas que le impiden *estar o ser ahí* de forma auténtica. Esto entendiéndolo en consonancia con la postulación del *Dasein* como existenciarío, es decir, condición de posibilidad de poder ser auténticamente. No obstante, en nuestro medio tal vez sería más preciso parafrasear a Barbero y decir *sentirse-y-estar-en-casa* (p. 19), concreción ontológica auténtica caribeña por antonomasia. Pues sentirse-y-estar-en-casa es gesto imprescindible de afirmación para los caribeños, grupo tan afectado por la migración, por la translocación.

Chuco, tal como lo hicieron sus colegas y amigos Aníbal Quijano u Orlando Fals Borda, al igual que muchos otros que se esforzaron y continúan esforzándose en escudriñar nuestras realidades desde una óptica autónoma, nos ofrece dispositivos sentipensantes, en cuya articulación se agudiza el pensamiento al asumir el entorno sociopolítico local como matriz epistemológica que potencia una forma específica de enunciación propia, en su praxis radicalmente crítica del eurocentrismo.

Nociones heurísticas de propio cuño desarrolladas e implementadas a través de su obra avalan lo aquí señalado. Tal es el caso en relación a los conceptos de «plebeyismo parejero», «tambor camuflajeado», «cimaronería bailable», o en cuanto a su incorruptible negación a describir la cultura musical afrocaribeña asumiéndola como género para proyectarla más bien en su pura funcionalidad como «forma de hacer música». Ángel parte del convencimiento de que *la clave* interpretativa del quehacer sonoro caribeño no se debe buscar en sus múltiples ingredientes, sino en el proceso mismo de su conformación.

Tan importante como esto es lo que con mucha razón Barbero, refiriéndose a Chuco, describe como «esa obsesión por cuestionar el sentido hegemónico del tiempo como clave secreta de la racionalidad occidental [que] empata hoy con la razón que nos impide pensar-nos adquiriendo ahora una significación muy especial: estamos viviendo el tiempo de una mutación que la temporalidad del progreso nos está impidiendo» (p. 21).

Quintero, considerando la cardinal importancia de la percepción del tiempo en la música –no hay música sin rejuegos espacio-temporales–, esboza una fuerte crítica a la noción occidental dominante del tiempo, concebido como desarrollo lineal teleológico, y la contrasta con las temporalidades segmentarias y repetitivas en clave afrocaribeña. Según la perspectiva defendida por el boricua, el intelectual latinoamericano, de no abandonar la trampa epistemológica que postula una «temporalidad del progreso», no logrará jamás descolonizar sus saberes y sentires en torno a los pluriversos que lo rodean.

El énfasis de la perspectiva analítica de Chuco, su empeñamiento en la búsqueda de una concreción real, que desde sus comienzos lo diferenció de otros análisis sobre las culturas musicales caribeñas o latinoamericanas cuyos enfoques mayormente se limitaban al análisis literario-textual de canciones –en ocasiones con pinceladas lacanianas o discusiones sobre género o articulación identitaria–, consecuentemente lo llevó a asumir con seriedad y rigor la particularidad vivencial esencial de su objeto de estudio, a saber, su *existencia sonora*. No sólo Barbero lo ha escuchado en más de una ocasión decir: «Estoy estudiando música porque quiero investigar la salsa y para ello lo que necesito indagar no son sus letras sino sus sonidos [...] porque lo que quiero saber es qué carajo es eso de lo popular, lo que hay de popular en la salsa, lo que la hace popular».

No obstante, el ejercicio de sus facultades investigativas en su proyecto de concretizar discursivamente la sonoridad salsera, desde comienzos, transgredió las aparentemente límpidas fronteras académico-disciplinarias que definían la etnomusicología. Sus reflexiones y perspectivas analíticas se entrecruzan, enriqueciéndose, asumiendo y reformulando críticas sociales, mediales, económicas e identitarias. Y eso mucho antes que otros lo hicieran, o se hablara sobre la interdisciplinariedad de los Estudios Culturales.

Efectivamente Ángel G. «Chuco» Quintero Rivera es un referente indiscutido para quien se afane en sentipensar lo multidimensional del fenómeno sonoro llamado música caribeña y latinoamericana. Y el libro publicado ofrece una muy efectiva y representativa introducción a su obra. Si, como se sospecha en el universo caribeño, el sentipensar no tiene que ver sólo con el saber, sino también con el sabor, los invito a gozar del manjar que nos ofrece Chuco en su colección de ensayos.

Juan José Vélez-Peña

BLANCO, Carlos: *Dios, ciencia y filosofía. De lo racional a lo divino*.
Almuzara, Córdoba, 2019. 140 pp.

En el panorama filosófico español se ha vuelto infrecuente encontrar a un autor que exponga y argumente lisa y llanamente lo que piensa. Siempre resulta más fácil parapetarse en un empedrado de citas a pie, por las que el lector se ve obligado a transitar y a ser informado de lo que piensan otros que no son el autor mismo del libro que tiene en las manos.

En este sentido estamos de enhorabuena con un libro como el de Carlos Blanco. No solo por su poder sintético, sino por la belleza, la claridad, la personalidad y la fuerza de su exposición. Sin acudir a una sola referen-

cia en letra pequeña, mencionando solo esporádicamente algún nombre relevante en el cuerpo del texto, Carlos Blanco despliega con gran madurez y habilidad de escritura el fruto de años de reflexión sobre la cuestión crucial de Dios, que en el fondo es la cuestión crucial del hombre.

El libro destila y sabe condensar trabajos suyos anteriores, pero también sintetiza importantes hitos del pensamiento humano. Los cite o no, el lector culto adivina temas y autores que parecen guiarnos un ojo desde la tersura de estas páginas.

La gran idea de Carlos Blanco es que a Dios tenemos que concebirlo ante todo como pregunta, no como respuesta. Nos dice en los comienzos: «Quiero proponer una nueva idea de Dios. Quiero pintar un lienzo filosófico en el que Dios no sea una respuesta, sino una pregunta; no un ser realizado en el aquí y en el ahora del universo, sino el término de un proceso de búsqueda y de interrogación que proyecta la mente humana hacia un límite potencialmente infinito» (p. 15).

Este Dios que se identifica con la sed, siempre insatisfecha, del ser humano –Carlos Blanco recalca la sed cognitiva– es un Dios compatible con la racionalidad y el estado actual de la investigación científica, el Dios que merece el hombre. No puede ser Dios simplemente Otro absoluto ni tampoco un mero otro relativo.

Como el ansia imperiosa de saber no es sino un correlato de la lógica del universo, Dios se identifica con esa lógica, que conlleva también el movimiento de evolución creadora incesante. Nuestra misma mente, alumbrada por la evolución, es una fuente de creación de ideas: «Dios resplandece entonces como el conjunto de leyes matemáticas que rige la armonía del cosmos; como el orden matemático del universo (eterno artífice de sí mismo), del que surgen la conciencia y la capacidad de formularse preguntas sin límite, hermoso reflejo de lo infinito» (p. 39). Dios es futuro no consumado, es posibilidad abierta, búsqueda asintótica.

Con una prosa muy fluida y rica, tanto en conceptos como en metáforas, Carlos Blanco brinda al lector los mil reflejos de la grandeza de un Dios que siempre está por descubrir, que se identifica, incluso, con el proceso mismo de descubrimiento.

Por eso, como complemento de la primera parte del libro, titulada «El concepto de Dios como pregunta», la segunda parte se titula «Hacia una fe filosófica: razón e imaginación». Es, aparentemente, la pieza de encaje antropológico de esa concepción de Dios, aunque bien se ve que ya la primera parte contiene no poca porción de antropología y, yo diría también, de antropomorfismo. El conocimiento humano, nos dice el autor, aún una vertiente lógica con otra experiencial sensible, variable, igual que el universo tiene su malla matemática y su aspecto dinámico. Blanco encarece la enorme importancia de la imaginación, dado que la razón no es más que «una imaginación sujeta a reglas» (p. 86). Ella es la que en-

sancha el pensamiento humano. En definitiva, lo que constatamos es un trasvase entre dos infinitos, el infinito que es Dios y el infinito que es la mente humana. Aunque ambos no estén, obviamente, en pie de igualdad. No puedo dejar de rememorar fórmulas de Nicolás de Cusa referidas al hombre, como la famosa del «Dios ocasionado» y otras menos conocidas.

A la hora de concluir la lectura de este pequeño, pero enjundioso volumen, pienso que lo que nos ofrece en realidad es una antropología de la fe filosófica en Dios. Y ello aunque la palabra «hombre» no figure entre las que forman el título del libro. Creo que, de no entenderlo de esta manera, hay afirmaciones importantes que se tornan débiles. Así, la identificación de Dios con el universo y su devenir, que aflora en la mente humana, difícilmente puede salir al paso del reparo acerca de la contingencia, al menos posible, de esa bella realidad universal. Ni siquiera está a salvo del pensamiento de que en un futuro la ciencia neurológica pueda desvelar las íntimas conexiones materiales que sustentan la creatividad mental y su poder de preguntar. El propio Carlos Blanco lo preconiza para el sentimiento y no lo descarta para el pensamiento: «Algún día lograremos entender mejor los entresijos del proceso mental que subyace a la efusión de ideas creativas, a esas manifestaciones del ingenio humano que tanto nos asombran y subyugan cuando surge la magia de la intuición» (p. 89). De ahí que el concepto de religiosidad cósmica de Einstein, tan pleno de sugerencias y que, a no dudarlo, han compartido también muchos místicos cristianos, no escapa a la incerteza acerca del destino cósmico.

En esta línea, acudiendo a la clásica tensión entre infinito y necesario como dos aspectos que deben guardar un equilibrio tratándose de Dios, tal como había advertido Kant, me parece que Carlos Blanco ilustra muy bien la infinitud, pero no el carácter necesario de Dios. Y, por ende, su trascendencia de los vaivenes del universo y de la mente.

El libro trata de hablar de un Dios que da sentido, que sea existencialmente relevante, y por eso lo llamo una antropología de la fe filosófica en Dios: «Lo que sugiero es que todo el acervo del futuro [...] puede considerarse como un dios para nosotros» (p. 48). Respetando que esto puede, hasta cierto punto, dar una respuesta a la búsqueda de sentido, y respetando que –como dice el propio Blanco en el Prefacio– aquello que funciona como sentido para mí es algo totalmente personal e intransferible, considero que ha quedado ensombrecido el estatuto necesario de Dios. Lo cual podría, me temo, hacerle indigno de la mente humana... No hablo de una necesidad de la creación, que Carlos Blanco considera, sorprendentemente, una consecuencia de que Dios fuera necesario: «Al concebir a Dios como ser necesario [...] es inevitable sucumbir al determinismo, a la idea de que todo acaece de manera perfecta y necesaria» (p. 39). Me refiero a la necesidad de Él mismo. Por eso, aquí me veo abocado a pensar aquello de «tiene razón en lo que afirma, no en lo que niega».

Esto último me parece extensible a la imagen, un tanto deformada, que el libro da del teísmo tradicional, como si dicha posición no pudiera dar cabida al hábito fundamental que sostiene la intuición de Carlos Blanco. Pero estimo que la valentía y la coherencia con que él ha sabido redactar su propia posición, las incitaciones que ofrece para nuestro pensamiento –ver lo relativo a las demostraciones de la existencia de Dios–, el precipitado de ideas relevantes que sabe integrar, las observaciones juiciosas que desgrana, el diálogo con la ciencia y con la racionalidad científica contemporáneas, así como la sugestión estética de una escritura a la que acuden imágenes llenas de vida, hacen que la lectura de estas páginas sea entretenimiento gozoso y alimento para la inteligencia.

José Luis Caballero Bono

ROSAL CORTÉS, Ramón / GIMENO-BAYÓN COBOS, Ana: *Tras medio siglo de psicoterapias humanistas*. HakaBooks, Barcelona, 2020. 446 pp.

Las psicoterapias humanistas han tenido en Ramón Rosal y Ana Gimeno-Bayón a dos brillantes y sabios promotores. Ambos fundaron en 1979 el Instituto Erich Fromm de Psicoterapia Integradora Humanista, en Barcelona, dedicado a la investigación, docencia y práctica psicoterapéutica. Sus numerosas publicaciones nos permiten conocer los presupuestos y la metodología de su propio modelo de psicoterapia, y los objetivos alcanzados a lo largo de más de cuarenta años.

El libro que acaban de publicar, *Tras medio siglo de psicoterapias humanistas*, nos introduce en el ámbito de las psicoterapias humanistas en general, y nos presenta las peculiaridades y ventajas de su propio modelo. Organizan sus contenidos en cuatro partes: I) Materiales para la historia de las psicoterapias humanistas; II) El proceso terapéutico en las psicoterapias humanistas y sus bases epistemológicas; III) La psicoterapia integradora humanista en la práctica; y IV) Tratamiento de los problemas de la capacidad valorativa en psicoterapia integradora humanista.

No comparten la fobia antifilosófica de muchos psicólogos. Expresamente reconocen el trasfondo filosófico, consciente o inconsciente, de las psicoterapias humanistas. Tras estas late siempre una epistemología, una antropología y una axiología filosóficas, es decir: una teoría del conocimiento, «alguna teoría general sobre la naturaleza humana y sus potenciales esenciales» y una teoría de la «escala de valores éticos». A Ramón Rosal, licenciado en Filosofía y doctor en Psicología, le parece incluso deseable que las convicciones filosóficas inconscientes, de las que parten las psicoterapias humanistas, pasen a ser conscientes y, más aún, para profundizar en ellas, que pueda conocerse cómo fueron fun-

damentadas por algunos filósofos «a partir de la experiencia y la razón discursiva o intuitiva». Y, por tanto, le interesa saber «cómo “tales psicoterapias humanistas” justificaron su rechazo –total o parcial– a teorías antropológicas diferentes» (pp. 104-105).

Me consta desde hace muchos años el interés de Ramón Rosal por la filosofía. Ha sido suscriptor de *Diálogo Filosófico* desde su primer número (que apareció en 1985) y sigue siéndolo, después de más de treinta años. En la bibliografía de este libro, sin ir más lejos, figuran obras de varios filósofos, a los que tanto él como Ana Gimeno-Bayón han consultado: Ludwig von Bertalanffy, Bochenski, Martin Buber, Luis Cencillo, Gilbert Durand, Ferrater Mora, Viktor Frankl, Erich Fromm, Carlos Gurméndez, Nicolai Hartmann, Dietrich von Hildebrand, Gilbert Ryle, Max Scheler, Xavier Zubiri y Robert S. Solomon. Ambos disponen de una rica información filosófica y la utilizan en su práctica de la psicoterapia integradora humanista.

A diferencia de otros psicólogos y filósofos, que se mueven dentro de las tendencias conductista, freudiana o biológica, parten de una filosofía del hombre concebido como persona. Y en esta perspectiva, utilizan con frecuencia una serie de términos cuyo significado no se detienen a precisar: persona, personalidad, libertad, valor, ética, sujeto, humanismo, filosofía, ciencia, etc. ¿No hubiera convenido que, aunque fuese simplemente en notas al pie de página, indicaran el significado con el que los usan, a fin de evitar ambigüedades o equívocos? Ciertamente, las palabras se entienden generalmente por su contexto sin que sean necesarias más aclaraciones. Pero puede acontecer que lectores que desconocen la complejidad de la historia de muchos términos filosóficos no sepan a qué atenerse o los entiendan de manera ambigua o superficial.

Por las alusiones explícitas a la filosofía, destaca la parte cuarta de este libro: «Tratamiento de los problemas de la capacidad valorativa en psicoterapia integradora humanista». Ramón Rosal y Ana Gimeno-Bayón no manifiestan ningún escrúpulo a la hora de citar a filósofos. Hallamos citas de Luis Cencillo, Xavier Zubiri, Robert S. Solomon, Ferrater Mora y Max Scheler, entre otros, y atribuyen a la ciencia psicológica y a la filosofía papeles complementarios.

Para la captación de lo éticamente valioso, del valor absoluto de las personas, Ramón Rosal aprovecha a filósofos y psicólogos como Luis Cencillo, Max Scheler, Dietrich von Hildebrand, Nicolai Hartmann y Philip Lersch. Desde la Psicología de la Personalidad, la Psicopatología y la Antropología y Ética filosóficas, ha elaborado una tabla de valores éticos que incluyen los siguientes: 1) actitud esperanzada; 2) independencia personal; 3) apertura a la experiencia; 4) grandeza de alma; 5) confianza en el ser humano; 6) deseos de superación; 7) aceptación de la realidad con sus límites; 8) profundidad de vida; 9) el arte del ocio humanizador; 10) autenticidad subjetiva: ser fiel a uno mismo; 11) autenticidad obje-

tiva: vivencia de actividades auténticas; 12) serenidad; 13) actitud creadora; 14) escucha interior; 15) cordialidad; 16) actitud agradecida; 17) respeto a la persona; 18) fidelidad a los compromisos; 19) sabiduría para la vida (prudencia); 20) fortaleza existencial; 21) armonía intrapersonal (templanza); y 22) solidaridad para la justicia.

La aplicación terapéutica de la filosofía puede recibir, sin duda, un valioso impulso de la teoría y la praxis psicoterapéuticas de Ramón Rosal y Ana Gimeno-Bayón. Han sabido integrar la filosofía, además de otros saberes de tipo científico, al desarrollar su modelo psicoterapéutico, y profundizar en sus presupuestos, con la pretensión de que sus discípulos, pacientes o lectores dispongan de capacidad valorativa para discernir cuáles de las motivaciones o tendencias, que conducen al sujeto hacia el ejercicio de diversas actitudes o conductas, obstaculizan o favorecen su proceso de crecimiento personal (o autorrealización).

Por lo que acabo de exponer, este libro no solo puede interesar a psicólogos, profesores de psicología, profesionales de la psicoterapia y estudiantes de psicología, sino también a profesores, estudiantes y otras personas dedicadas a la investigación o cultivo de la filosofía. Sus propuestas y reflexiones nos pueden animar a los filósofos a explotar las virtualidades psicoterapéuticas de algunas concepciones filosóficas, por ejemplo, del personalismo, como ampliaciones provechosas de la logoterapia en situaciones personales de angustia existencial o de falta de sentido. Pues las rutas de los agnosticismos y escepticismos, de los materialismos y científicismos positivistas, tan frecuentes en el mundo filosófico contemporáneo, suscitan desorientación y vacío existencial en vez de aportar algo de consuelo y esperanza.

Ildefonso Murillo

VILLEGAS CANO, Juan / HORCAJADA NÚÑEZ, Ramón / GARCÍA-CANO LIZCANO, Fernando: *Eudaimonía: Filosofando en el periódico*. Instituto de Estudios Manchegos (CSIC), Ciudad Real, 2020. 253 pp.

No es una novedad en España que la prensa periódica puede ser un cauce para transmitir información e ideas de carácter filosófico. Nuestro don José Ortega y Gasset, hijo precisamente de un periodista, lo entendió así muy pronto. Y no son pocos los destellos que conoció su dedicación intelectual en la sábana de un gran rotativo de su época.

El libro que tenemos en la mano agavilla artículos de temática filosófica, publicados por el diario manchego *La Tribuna* desde el año 2017. Son las contribuciones de tres profesores de filosofía de enseñanza secundaria. Los tres comparten el haber recibido una buena formación

cristiana y los tres, también, son docentes en el Instituto Diocesano Beato Narciso Estenaga. Constituyen la parte del león del autodenominado Grupo Filosófico de Fernán Caballero. Dos de ellos ejercen docencia, además, en el Seminario Diocesano de Ciudad Real. La amistad y un deseo de mantenerse en formación permanente, de estudiar temas juntos y de dar a conocer el fruto de su reflexión compartida son rasgos de este grupo, que ya ha sido presentado otras veces en las páginas de *Diálogo Filosófico*.

El formato de artículo en una sección de periódico está sujeto a unas condiciones de espacio y de tiempo (la celeridad). Asimismo a la búsqueda de impacto, cosa que se trasluce ya en los títulos de algunas contribuciones: «Día mundial de la filosofía», «Spinoza en el monovolumen», «Blade Runner no tiene alma», etc. Otros títulos son menos «periodísticos», incluso suenan a clásicos: «Ajustarse a la verdad», «Buscadores sin término», «Convencer desde la verdad», «Responsabilidad en la ciencia», «Arte que hace pensar»... En todos ellos se ofrecen píldoras de reflexión para personas con prisa, que suelen ser las personas que leemos periódicos y las personas que escriben en ellos.

Ciertamente, la lectura es sencilla y cómoda. Uno puede leer un artículo, como quien lee una máxima del *Oráculo* de Gracián –casi seguro que ésta le llevará más tiempo– y luego apartar el volumen hasta el siguiente momento. Pero, aun así, los textos pueden despertar en el lector su sentido crítico. Me gusta, por ejemplo, el artículo «El ser desproporcionado», donde se habla de la *incoincidencia* última del hombre consigo mismo, una inadecuación constitutiva, que vive como insatisfacción. Veo esto como un mensaje no solo antropológico, sino metafísico. Me agrada asimismo el intento de aproximar filosofía y creatividad artística que se percibe en varios textos. Juzgo un acierto el tomar pie en contingencias de la vida cotidiana para dar el salto a una reflexión, por ejemplo la lección moral que nos da el entrañable texto de «Serigrafía con mensaje». En lo cual hay que ver, volviendo a la comparación con Gracián, una pretensión de incidir sobre la vida y el actuar de las personas, así como sobre sus disposiciones interiores. Me parece, sin embargo, precipitado y falso decir, en el artículo titulado «Mayo del 68: el ser y la nada», que el mayo francés «representó la inauguración de lo “posible” como categoría metafísica y de la imaginación como herramienta fundamental de conocimiento». Este aserto es demasiado «periodístico» o, como diría un italiano, *spensierato*. No entiendo por qué el autor del artículo «Vértigo y éxtasis» ha manejado ideas y terminología de Alfonso López Quintás, incluso secuencias literalmente suyas, sin mencionarle ni una sola vez. El artículo dedicado a «La clase de religión en la sociedad postsecular», sin abordar –según entiendo– estrictamente lo que anuncia, podría haberse informado, por ejemplo, de la postura de Charles Taylor en torno a la

presencia de la religión en la esfera pública. Me parece sensiblemente mejor que la de Habermas, que es traído en él como modelo a costa de cercenar importantes matices. Bastaría consultar el número de *Diálogo Filosófico* dedicado a «La religión en el espacio público».

En esta línea de lectura crítica puede cada lector acercarse con tiento y con juicio a la recopilación cuidadosamente editada, que está distribuida en siete capítulos: Filosofía; La realidad política; La realidad social; Ética y antropología; Cultura, ciencia, técnica y arte; Educación; Religión. En lo formal, la edición es mejorable. Concretamente indico que habría sido bueno poner la fecha de cada artículo, pues a veces tratan de algún acontecimiento que el lector del periódico podía ubicar, pero no el lector del libro. Asimismo parece claro que la bibliografía colocada al final debería transmitir los datos editoriales de cada registro, y no limitarse a poner un nombre y un título, incurriendo incluso en inexactitud.

Mi deseo para estos profesores es doble. Por un lado, que no abandonen la presencia en la prensa. Que cultiven la actualidad con rigor, evitando los desatinos que vemos en algún periodista con pátina de cultura filosófica que escribe en un gran diario de tirada nacional. Un periódico local es una buena excusa para la tertulia, tiene incidencia en la vida de la *pólis*, en este caso la ciudad manchega a la que de un modo u otro están vinculados. Además, breves textos como estos redimen a la prensa de la orfandad en que se halla ahora la filosofía en algunos suplementos culturales, como el del *ABC*. La presencia testimonial no es solo una cuestión ideológica, es algo que ya los griegos entendieron como intrínseco a la vida filosófica. Por otro lado, y aunque pueda parecer paradójico, mi deseo para estos profesores es que lo dejen. Me explico: que abandonen tal medio de expresión en tanto en cuanto sientan que no basta. El duro mármol de la columna de papel impone sus tiranías, y puede llegar a no ser agradable estar sujeto a él con grilletes. No se puede enviar un artículo a una revista de filosofía siguiendo las prisas y los moldes de la prensa diaria. No cabe, en esa modalidad, profundizar en los problemas. El periódico puede dar notoriedad rápida, pero también convertir a quien escribe en un filósofo de salón, sin consistencia suficiente.

Los integrantes de este grupo filosófico lo saben y también lo han transmitido, de algún modo, en estas páginas periodísticas.

José Luis Caballero Bono